

## Cuarto Domingo de Adviento A2022

Permítanme comenzar esta homilía con una observación. La mayoría de nuestra congregación presente aquí está compuesta por agricultores. Una de las cosas que aprendí aquí es que muchos agricultores tienen socios con quienes trabajan. La ventaja de la asociación es que ayuda a los agricultores a compartir la carga financiera, la fuerza laboral y fortalecerse al permanecer en alianzas.

Esto es lo que le sucedió a Israel como escuchamos en la primera lectura. En ese momento, Israel estaba bajo la amenaza de los enemigos vecinos y corría el riesgo de perder su libertad. Empujado por los acontecimientos, el rey Ajaz hizo una alianza con los Asirios para salvar el país. El problema, sin embargo, es que, con respecto a la promesa de Dios de ser el único protector de su pueblo, tal alianza era como contar más con el poder humano que con la ayuda divina.

Por eso, Dios envió al profeta Isaías a exhortar al rey a no perder la oportunidad de pedirle una señal a Dios y comprobar la veracidad de su promesa. Sin embargo, como el rey ya tenía su plan, se escondió detrás de una falsa piedad al declarar que no tentaría al Señor. Sin embargo, el profeta le aseguró que porque tenía miedo, Dios mismo le daría una señal. El rey tendrá un descendiente poderoso, nacido de una virgen, que se llamará Emanuel, y que pondrá fin a cualquier peligro que aceche a su pueblo.

Más allá de la perspectiva prevista por Ajaz, el proyecto de salvación de Dios no estaba destinado sólo a Israel, sino al mundo entero. Por eso Mateo en el Evangelio de hoy presenta el nacimiento de Jesús como el cumplimiento de la profecía de Isaías, pero que al mismo tiempo va más allá.

Por lo tanto, Jesús es descendiente de la familia real, hijo de la promesa; es hombre y Dios. Es concebido por la acción del Espíritu Santo y sin intervención humana. Es hijo de María, pero también es plenamente divino. El hecho de que María haya concebido sin intervención humana es una señal que muestra que para Dios nada es imposible. Así como Dios actuó en el pasado haciendo posible lo imposible, así lo hace hoy para los que confían en él.

San José, instruido por el ángel, tuvo que aceptar el misterio de Dios manifestado en el embarazo de María, su prometida. Se resolvió de guardar a su esposa y dio nombre al niño una vez nacido. Si María ha recibido la misión de traer a Jesús al mundo, fue sin embargo a José a quien se le asignó la misión de dar el nombre a Jesús e insertarlo en su descendencia como cumplimiento de las profecías. Aquí vemos cómo María y José se completan como padres de Jesús, aunque en la devoción popular el lugar de José no aparece tan claramente.

El nombre que José da al Infante muestra la misión que tiene que cumplir este extraordinario niño: "Emmanuel significa "Dios está con nosotros": Jesús es el niño que acerca a Dios al mundo. En él, el Padre está presente y realiza su plan de salvación para el mundo. A través de Jesucristo, Dios ha elegido habitar en nuestro mundo y hacerse uno de nosotros, un ser humano. Esto hace la grandeza del cristianismo, es decir, que no estamos adorando a un Dios remoto, o a un Dios que se puede encontrar en una piedra o en el viento o en la naturaleza, sino a un Dios personal que quiere salvarnos.

El nombre de Emmanuel dado a Jesús no significa solamente que Dios está con nosotros, sino también que está a nuestro lado, en nuestras esperanzas y nuestras luchas, en nuestras alegrías y nuestras tristezas, compartiendo con nosotros cada momento de nuestra vida.

Es de este misterio de Jesús del que habla san Pablo en la segunda lectura. Para san Pablo, Jesús es descendiente de David según la carne, pero Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Este misterio de Jesús ya fue anunciado por los profetas, y su misión hoy, tanto como apóstol como para cada uno de nosotros, es darlo a conocer a las naciones.

¿Por qué se nos cuenta la historia de Jesús cuando nos acercamos a la fiesta de Navidad? Por dos razones: primero, porque al aceptarla llegamos también nosotros a la obediencia de la fe, es decir, al reconocimiento en nuestro corazón de que en Jesús Dios se ha hecho uno de nosotros para salvarnos. Segundo, al aceptar la palabra de Jesús, podemos ser santificados por la gracia de su Espíritu Santo.

Ahora, permítanme terminar con dos observaciones. Vimos en la primera lectura que el rey Ajaz, a pesar de la seguridad que Isaías lo dio, no podía atreverse a pedir una señal a Dios. Al actuar así, seguramente quería resolver su problema solo, sin recurrir a Dios.

Ajaz es el símbolo del hombre moderno que piensa que, porque vive en la cultura que quiere controlarlo todo, puede vivir sin Dios. La verdad, sin embargo, es que hay cosas que podemos hacer por nuestra cuenta; hay algunos otros para los que necesitamos la ayuda de Dios. Contar con Dios no disminuye nuestra responsabilidad. Como dice Isaías: “Señor, concédenos la paz, pues, solo tú llevas a feliz término lo que hacemos nosotros” (Isaías 26, 12).

La segunda observación es acerca de San José. Vimos en el Evangelio que José tenía un plan de matrimonio con María. Pero de repente este plan fue perturbado por el plan de Dios. Como hombre justo, José aceptó en la fe lo que Dios le pidió que hiciera. Mi punto es este: a medida que se acerca la temporada navideña, hará seguramente gente dentro los miembros de familia que no les gustan encontrar que van a venir a su casa. ¿Qué tan dispuesto está a aceptar ser molestado por estas personas? ¿Cómo puede ayudarse el ejemplo de José a aceptar ser perturbado en su plan navideño? ¿Le gustaría que la Navidad fuera una alegría sólo para usted o también le gustaría compartir esa alegría con los demás? ¡Que el ejemplo de María y José nos ayude a acoger la gracia de Dios acogiéndonos mutuamente en Navidad! ¡Dios los bendiga!

### **Isaías 7: 10-14; Romanos 1: 1-7; Mateo 1: 18-24**



Fecha de la Homilía: el 18 de Diciembre, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20221218homilia.pdf